

del barbero, del mendigo, de la enfermera o del sacerdote, antes que cualquier otra cosa indica que están matando a ese hombre. Es necesario entonces adoptar una posición defensiva contra el Mal que a cada momento hace mayores estragos. Es imprescindible combatir la muerte a fin de ganar la vida:

¡Voluntarios,
Por la vida, por los buenos, matad
a la muerte, matad a los malos! ⁷

(I, «Himno a los voluntarios...»)

La muerte había preocupado siempre a Vallejo quien, desde el comienzo de su labor poética, reveló su inquietud por descifrar tal misterio. Veía en el tiempo, tal como Quevedo, «ese abuelo instantáneo de los dinamiteros» (I, «Himno a los voluntarios...»), un correr constante hacia la muerte. Vida y muerte resultaban por lo tanto inseparables, dos opuestos que mediante un hilo mágico se unían, identificándose trágicamente. ⁸ Pero frente al drama de la Guerra Civil el poeta peruano ha decidido robarle un tramo a la muerte. No es que haya dejado de pensar que constantemente —por el mismo hecho de existir— el hombre la lleva a cuestas, sino que al prever mesiánicamente la existencia de una futura armonía cósmica ve en la derrota a la muerte una prolongación de su esperanza. ⁹ En el poema V, «Imagen española de la muerte», la imagen a que se refiere el título es una viajera abominable que acompaña la sombra de cada hombre. Pero el hablante lírico no se contenta con exponer la amenaza sino que señala un duro deseo de combatirla. La muerte, por un momento, se ha hecho algo concreto: camina en la forma del hombre enemigo, centellea en la hoja del cuchillo moro, se esconde al pie de los tanques:

¡Llamadla! Hay que seguirla
hasta el pie de los tanques enemigos,
que la muerte es un ser sido a la fuerza,
cuyo principio y fin llevo grabados
a la cabeza de mis ilusiones,
por mucho que ella corra el peligro corriente

⁷ En estos versos el poeta nos recuerda a Miguel Hernández, otro mártir de la palabra y del combate, cuando en medio de una exaltación emocional semejante dijo: «Es preciso matar para seguir viviendo», con lo que señalaba la necesidad del sacrificio (M. Hernández, «Canción del esposo soldado», Viento del pueblo, Obras Completas, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 302).

⁸ Recordemos los versos iniciales del primer libro de Vallejo, *Los heraldos negros* (1918): «Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé! / ... Serán los potros de bárbaros atilas; / o los heraldos negros que nos manda la Muerte.» (Obra poética completa, p. 51). La idea que aquí nace se desarrollará a lo largo de toda la obra vallejiiana. Sobre la influencia de Quevedo en Vallejo y las diferencias que median entre los dos ante el concepto de la muerte véase, por ejemplo, Giuseppe Bellini, *Quevedo y la poesía hispanoamericana del siglo XX: Vallejo, Carrera Andrade, Paz, Neruda, Borges* (New York, Eliseo Torres, 1976). También, A. Ferrari, «La existencia y la muerte», en *Aproximaciones a César Vallejo, I, Simposio dirigido por A. Flores* (New York, L. A. Publishing Co., 1971), pp. 317-333.

⁹ Esta última idea es sumamente importante si se quiere establecer la diferencia. Antes, Vallejo daba todo por perdido; sin embargo, al orientar su ideología en una línea marxista, su actitud cambia: el mundo puede ser bueno o malo, según nosotros lo hagamos. La sociedad universal está corrupta, es cierto, pero está en la buena voluntad de cada hombre crear patrias nuevas. La solución está, pues, en crear una nueva conciencia, y la vida es entonces una necesidad. No queremos decir que éste sea el credo de la teoría marxista; simplemente estamos convencidos de que fue así cómo lo entendió el poeta peruano.

que tú sabes
y que haga como que hace que me ignora.

(V, «Imagen española de la muerte»)

Pero es vivir lo que más interesa ahora. De aquí que convencido de su misión entre seres que, como él, padecen toda suerte de pesares, el yo poético vallejiano señale, al abandonar su muerte, la más completa solidaridad con aquellos que se han impuesto la tarea de ganar a fuerza de arrojo un nuevo género de vida:

Vamos, pues, compañero;
nos espera tu sombra apercebida,
nos espera tu sombra acuartelada,
mediodía capitán, noche soldado raso...
Por eso, al referirme a esta agonía,
aléjome de mí gritando fuerte:
¡Abajo mi cadáver!... Y sollozo.

(X, «Invierno en la batalla de Teruel»)

Triunfar sobre la muerte, pues, no equivale a una prolongación de la existencia individual, sino a la eternización de un principio común: la búsqueda de una inmortalidad colectiva basada en los ideales más simples de las masas. Como bien anota Américo Ferrari,¹⁰ Vallejo ha transformado «uno» en «todos». Anteriormente, es cierto, también ha dirigido su palabra de consuelo al hombre, pero siempre éste llevaba el sello de una resignación fatalista. Ahora —y creemos que esto es lo que la actitud del poeta debe al marxismo— ve una esperanza más allá de la presente agonía.

Si, como ya hemos dicho, *España, aparta de mí este cáliz* se salva del simple acento político, se debe indudablemente al hecho de ser un discurso poético dirigido directamente al hombre, sin que medien diferencias de ningún tipo. La lucha en España es desastrosa para todos; pero reducirla al aspecto mecánico de destapar una granada, apretar un gatillo, o encender un taco de dinamita, limita en forma considerable el significado del conflicto. Para Vallejo es evidente que en España agoniza algo diferente; algo que no lo dicen ni el tanque ni el rifle; algo que no puede confundirse con las bombas. Allí agoniza la naturaleza misma del individuo. Y cuando éste pelea, castiga con pedazos de su cuerpo, con su más recóndito elemento, como amparándose en su más grande factor defensivo. Pedro Rojas, ferroviario de profesión, es padre y marido a la vez. Pero antes que nada Pedro es un individuo. Por eso, cuando lo matan, los asesinos destruyen esa individualidad matando al mismo tiempo a Pedro y al hombre:

Solía escribir con su dedo grande en el aire:
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas»,
de Miranda de Ebro, padre y hombre,
marido y hombre, ferroviario y hombre,
padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes.

(III)

Este guerrero ha muerto humanamente. Sobre su pecho no han encontrado medallas al valor o a su fe en el gobierno; han encontrado simplemente una cuchara, símbolo

¹⁰ Véase A. Ferrari, César Vallejo. Trajectoire du Poète (París, Editions Seghers, 1967), pp. 45-46.

de la vitalidad que muy adentro llevaba. Con ella indicaba que comía, que alimentaba sus fuerzas para llegar al día siguiente porque creía en la vida. Y era tanta la que en él llevaba que, aún después de muerto, alcanza a romper el aire con su grito de combate.¹¹ Ernesto Zúñiga y Ramón Collar también estaban llenos de vida. Ernesto se desplomó de espaldas sobre la tierra, único trono que conoció su heroísmo. Pero en silencio, desde el fondo de su sepultura, desde el simple zapato donde empezaba su estatura, el guerrero seguía escuchando el latir de la batalla. Ramón Collar, por su parte, es un campesino que debió dejar sola a su familia para defender Madrid en el campo de batalla. A él se dirige el hablante lírico en tono de mucha confianza, producto del conocimiento integral que tiene del héroe:

¡Ramón Collar, yuntero
y soldado hasta yerno de tu suegro,
marido, hijo limítrofe del viejo Hijo del Hombre!
Ramón de pena, tú, Collar valiente,
paladín de Madrid y por cojones; Ramonete,
aquí,
los tuyos piensan mucho en tu peinado!

(VIII)

No hay duda de que la figura de Ramón Collar se presenta en la visión del poeta como la de un nuevo Cristo, redentor de los sufrimientos humanos. No en vano se le invoca como al «hijo limítrofe del viejo Hijo del Hombre!». En la primera estrofa del poema hay también una clave para la proyección religiosa conscientemente creada: «en tanto que visitas, tú, allá, a las siete espadas, en Madrid,». Recordemos que el número siete conlleva en la tradición católica una significación especial (son siete los Pecados Capitales, las Obras de Misericordia se dividen en dos grupos: siete «espirituales» y siete «corporales»; son siete los dolores que pasó la Virgen, etc.). Más adelante cuando el hablante dice:

¡Te diré que han comido aquí tu carne,
sin saberlo,
tu pecho, sin saberlo,
tu pie;
pero cavilan todos en tus pasos coronados de polvo!

(VIII)

hace más evidente la idea del holocausto: el mártir del nuevo Gólgota ha sido sacrificado, pero la senda abierta con su ejemplo es seguida a su vez por muchos otros.

La visión simbólico-religiosa vallejiiana alcanza su momento culminante en el poema «Redoble fúnebre a los escombros de Durango», donde el lector descubre un tono característico de oración sagrada.¹² El hablante, oficiante riguroso, se inclina ante el al-

¹¹ En su artículo «Vallejo: La poética de la subversión» Julio Ortega aporta esta aclaración importante: «la historia de Pedro Rojas (...) funde a un sujeto de la cultura popular sublevada en el drama de la escritura. La incorrección gramatical de la escritura de Pedro supone la ocupación del lenguaje por un sentido mayor que su mera corrección. Escribir con el dedo sugiere, además, una escritura natural y escribir en el aire, una escritura cósmica.» (J. Ortega, «Vallejo: La poética de la subversión», *Hispanic Review*, núm. 50 (1982), p. 273.)

¹² Para una mejor idea de esa visión véase, por ejemplo, E. Chirinos Soto, *César Vallejo poeta cristiano y metafísico* (Lima, Editorial Jurídica, 1969).

tar y ofrece una letanía de amor y esperanza al sacrificio español. Nuevamente un elemento de connotación especial, el polvo,¹³ surge en el poema, y a éste se dirige el ofrecimiento:

Padre polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.

(XIII, «Redoble fúnebre a los escombros de Durango»)

Como el polvo significa simbólicamente la sustancia más íntima del hombre, es preciso que se salve. Es entonces cuando el hablante pone su esperanza en Dios quien es en último caso el único que puede realizar el milagro: «Dios te salve, te guíe y te dé alas, / padre polvo que vas al futuro» (XIII, «Redoble...»).

Se acerca el final de su grito poético, y si algo pesa en el alma de César Vallejo es la incertidumbre en el futuro de España. Tantas cosas suceden al mismo tiempo, tantos intereses están mezclados, que en su visión, presintiendo días amargos, llama la atención de la tierra en que se lucha, advirtiéndole el peligro que la amenaza e invitándola a prepararse: «¡Cuídate, España, de tu propia España!» (XIV). La lucha no es fácilmente divisible en los bandos nacionalista y republicano, hay más que esto y Vallejo lo sabe. En las calles se pelea con coraje, con inigualable decisión; pero hay también quienes pelean solamente desde un escritorio: son la burocracia del conflicto en cuyos despachos se arma y desarma de mil maneras lo que sucederá en el minuto siguiente; son los redentores verdaderos o falsos, peligrosos en su celo, en sus pasiones, en su llamado amor a la patria:

¡Cuídate, España, de tu propia España!
¡Cuídate de la hoz sin el martillo,
cuídate del martillo sin la hoz!
¡Cuídate de la víctima apesar suyo,
del verdugo apesar suyo
y del indiferente apesar suyo!

(XIV)

Aunque Vallejo lamentablemente no vivió lo suficiente para conocer lo que vendría después de la guerra, su intuición poética le permitió profetizar la serie de incontables calamidades que esperaban a España. El no veía posible el triunfo de la República; pensaba que sólo un milagro podría salvarla, y ser testigo de tan triste realidad lo sumergía en una pena incontrolable. De ahí que, como Cristo invocando al Padre en el Huerto de los Olivos, su yo poético exclame ahora en un ruego final: «¡España, aparta de mí este

¹³ Dentro de la conciencia cristiana, Dios creó al hombre de barro y a la primera mujer la formó de una costilla del hombre. La tierra, pues, es sustancia esencial en la primera creatura, y por lo mismo adquiere significado trascendental en relación con su naturaleza. Cuando, puestos en el Paraíso Terrenal, la primera pareja pecó, Dios amonestó así a Adán: «Porque escuchaste la voz de tu esposa y te pusiste a comer del árbol respecto del cual te di este mandato: "¡No debes comer de él!", maldito está el suelo por tu causa. Con dolor comerás su producto todos los días de tu vida. Y espinos y cardos haré crecer para ti, y tienes que comer la vegetación del campo. Con el sudor de tu rostro comerás pan hasta que vuelvas al suelo, porque de él fuiste tomado. Porque polvo eres y a polvo volverás», Génesis, 3:17. De este castigo se resintió Vallejo, y pensó que ese polvo a que estaba condenado era precisamente la salvación: la mejor jugada del hombre al juicio divino.